

míster Toots, á fin de que éste quisiera deshacerse de él : no deseaba al Pollo otra cosa que separarse de su protector, pero no así como quiera sino mediante un indemnización consistente en darle dinero para montar un establecimiento de bebidas.

La diligencia en que tenía que viajar Susana estaba á punto de partir. Tomó asiento la joven y míster Toots se quedó junto á la portezuela sin acertar á despedirse, como si esperase algo. Al fin, cuando el mayoral subió al pescante, Toots se encaramó en el estribo y asomándose á la ventanilla, con rostro que á la luz del farolillo del interior del coche parecía sumamente alterado, dijo :

— Susana... Susana! Miss Dombey... ¿Sabe usted?

— Sí señor.

— ¿Cree usted que?... ¿Sabe usted?

— Usted perdone, señor Toots, pero no entiendo — dijo Susana.

— ¿Cree usted que pueda llegar á... ya sabe usted... no digo ahora, en seguida, pero más adelante... á ser mi novia, eso es.

— ¿Su novia? ¡Cá! No señor, Nunca. Eso se lo puedo asegurar, señor Toots. Nunca, nunca.

— Muchas gracias — contestó el pobre Toots — No tiene importancia. Buenas noches. No tiene importancia. Muchas gracias.

CAPÍTULO XLV

EL FIEL AGENTE

Edith salió sola aquella noche y volvió pronto. Acababan de dar las diez cuando dobló el coche de Edith la esquina, viviendo á pararse ante la puerta de su casa.

Con la misma expresión de indiferencia que había conservado durante la escena de la despedida de Susana, en su gabinete, con igual friedad bajó Edith del coche. Parecía como si no hubiera en el mundo nada capaz de dominar aquella altivez, aquella violencia. Iba á subir los escalones de la acera á la puerta cuando ésta se abrió para dejar paso á un caballero que salía : era míster Carker.

Carker se quitó inmediatamente el sombrero y se apresuró á ofrecer el brazo á mistress Dombey. El movimiento fué tan rápido é imprevisto que Edith hubo de tomar aquel brazo casi sin pensarlo.

— ¿Cómo va su enfermo, señor Carker? — preguntó Edith con sonrisa burlona.

— Mucho mejor, señora — contestó Carker — tanto que me he despedido de él hasta mañana.

Soltó Edith el brazo, ya en el portal y se disponía á subir la escalera despidiéndose de su acompañante

con una breve reverencia, cuando Carker en voz baja la dijo.

— Señora ¿querría usted concederme unos cuantos minutos de audiencia?

Edith se detuvo, miró á su interlocutor y repuso:

— No me parece que es momento oportuno. ¿Tanto urge?

— Urgentísimo, señora — dijo Carker. — Puesto que he tenido la suerte de encontrar á usted, insisto en mi demanda.

Edith consideró un momento aquella boca sonriente. Carker contemplando á tan arrogante señora pensaba, evidentemente, que era una mujer hermosísima.

— ¿Dónde está miss Dombey? — preguntó la señora á un criado.

— En el saloncillo, señora — contestó el criado.

— Pasemos al saloncillo — dijo Edith indicando á Carker que podía seguirla.

— Dispense usted, señora — repitió Carker alcanzando á Edith que ya subía la escalera. — Permítame rogarla que no esté miss Dombey presente en la conversación nuestra.

Edith se detuvo de nuevo mirando á Carker con su frialdad inalterable.

— Quisiera evitar á miss Dombey — añadió Carker á media voz — el conocimiento de lo que debo decir á usted. Claro está, señora, que usted será dueña de decirselo después si le place, pero yo me considero en el deber de advertir esto, por consideración á usted. Después de nuestra última entrevista sería monstruoso que procediera yo de otro modo.

Edith lentamente separó la mirada de la cara de Carker y dirigiéndose al criado dijo:

— Vamos á otra habitación, cualquiera.

Siguiendo al criado, que abrió la puerta de una sala, encendiendo rápidamente las luces, pasaron Edith y mister Carker unos momentos sin hablar palabra. La señora se sentó en un sofá, junto á la chimenea. Carker permaneció de pie, en actitud modesta, el sombrero en la mano.

Cuando el criado se marchó y cerró la puerta, dijo Edith á su interlocutor:

— Antes de oírle, caballero, hágame usted el favor de escucharme á mí dos palabras.

— Que mistress Dombey me dirija la palabra — repuso Carker — aunque sea para inmerecidos reproches, lo considero yo un honor tan grande que por sí solo bastaría para obligarme á su incondicional servicio.

— Si está usted encargado por el hombre de quien acaba de separarse (aquí levantó Carker la mirada, como sorprendido, pero Edith contestó con otra mirada, de modo que Carker se quedó suspenso) si está usted encargado por ese hombre de algún mensaje para mí, no trate usted de transmitírmelo, porque no quiero recibirlo. Inútil es el preguntar si en efecto trae usted algún mensaje de este género; hace tiempo que lo estoy esperando.

— Es mi mala suerte, señora — contestó Carker. — No es gusto mío el presentarme á usted con tal objeto. Ahora, permítame usted manifestarla, señora, que son dos los objetos que me conducen á su presencia. El supuesto por usted es el primero.

— Ese es uno; entendido — contestó Edith — y sobre él ni una palabra, ó si no...

— ¡Señora! — exclamó Carker acercándose á Edith — ¿cómo puede usted imaginarse que he de

hablar de cosa por usted prohibida? ¿Es posible que mistress Dombey, sin hacerse cargo de mi desventurada posición, esté resuelta á considerarme identificado con mi mandante y á confundirme con su obstinada injusticia?

— Señor mío — contestó Edith envolviendo á Carker en una mirada de indignación á duras penas contenida — ¿á qué me viene usted á hablar de mi amor, de mis deberes para con mi marido, á fingir que me tiene por felicísima en esta unión, á simular que cree que yo me considero muy honrada con ella? ¿Cómo se atreve usted á presentármese con provocaciones semejantes usted, que conoce la verdad? Porque usted la conoce, si señor, lo he visto en cada una de sus miradas, lo he oído en cada una de sus palabras, usted sabe hasta qué punto hay entre su amo de usted y yo, aversión, menosprecio, que yo le desprecio tanto como me desprecio á mí misma por haberme casado con él. ¡Injusticia! Pues si hubiera hecho justicia del martirio que usted me ha dado, de los insultos que usted me ha inferido, entonces ¡oh! entonces le hubiera á usted matado!

Edith preguntaba por qué hacía Carker tales cosas. Si no hubiera estado cegada por su orgullo y su enojo así como por el sentimiento de su humillación propia, bien habría leído la respuesta en la cara de Carker. Lo había hecho para arrancar de ella esta misma declaración.

No vió Edith la respuesta ó no hizo caso de ella. No se fijó sino en las indignidades y luchas por que había pasado, por que aun habría de pasar y con éstas ideas se acrecentó su sufrimiento. Y mientras que con los ojos fijos permanecía abstraída en sus ideas, maquinalmente iba arrancando y arrojando el suelo

con nerviosa mano las plumas, de una extraña y muy hermosa ave, que formaban riquísimo abanico sujeto con cadenilla de oro á su muñeca.

Carker no se desconcertó por lo que había oído: de pie, dejando pasar aquel acceso de ira, como hombre que tiene suficiente réplica y se reserva para el oportuno momento. Cuando Edith ya no tuvo más que decir, habló Carker, acompañando sus palabras con una mirada penetrante:

— Señora, ya sé, ya sabía yo antes de ahora, que no merezco el favor de usted. Y hasta sé por qué. Sí, señora; conozco el porqué. Me ha hablado usted abiertamente y quedo tan fortalecido por su confianza...

— ¡Confidencia! — interrumpió Edith con desdén.

Carker prescindió de la interrupción y siguió diciendo:

— ... que no trataré de ocultarlo: sí, es cierto, desde el primer instante vi que no tenía usted afecto alguno á mister Dombey. ¡Cómo era posible que existiera afecto entre caracteres de conciliación tan imposible! Más tarde he visto que no era ya la indiferencia sino un sentimiento impetuoso lo que el corazón de usted abrigaba. No era posible que fuera de otro modo dadas las circunstancias en que estaba usted colocada. Pero no había modo de que expusiera á usted mis pensamientos.

— ¿Por qué razón — repuso Edith — fingía usted creer lo contrario y audazmente me lo decía una y cien veces?

— Estaba en el deber de hacerlo, señora — contestó Carker — porque únicamente así me era lícito hablarla de este asunto. Yo había previsto (y en verdad nadie mejor que yo podía preverlo, porque nadie

conoce como yo el carácter de mister Dombey) que si el genio de usted no se volvía tan blando y obediente como el de la primera y sumisa señora, cosa que me resistía á creer...

Carker vió que Edith sonreía con altivez, como confirmando la exactitud de aquellas previsiones.

— Me resistía á creerlo y no tenía duda de que al fin llegaría una explicación, como la que ahora tenemos, y que sería útil...

— ¿Útil á quien? — interrumpió Edith desdenosamente.

— A usted, señora — contestó Carker. — No diré que á mí mismo, porque sería envanecerme hablar ahora de la confianza que en mí tiene, hasta cierto punto, mister Dombey. No quisiera decir cosa alguna que pudiera desagradar á persona cuya aversión y cuyo menosprecio (esto lo dijo Carker con vehemencia) son tan margos.

— Es mucha la modestia de usted — repuso Edith — al decir que la confianza de mister Dombey en usted es hasta cierto punto nada más : en usted, que es su gran consejero y su primer adulador.

— Consejero, sí : adulador, no — dijo Carker. — Tengo que hacer esta reserva. Hay cosas que se hacen por fuerza, por razón de interés, de conveniencias sociales, pero que no son de nuestro agrado. Así todos los días vemos asociaciones de interés y de conveniencia, amistades de interés y de conveniencia, relaciones de interés y de conveniencia, matrimonios de interés y de conveniencia.

Edith se mordió los labios; pero no se alteró lo más mínimo la oscura expresión de su mirada.

— Señora — dijo Carker tomando asiento en una silla, aunque con ademán respetuoso, cerca de Edith

— no hay razón para que deje de hablar con franqueza, ahora que me consagro al servicio de usted. Era natural que una señora dotada de tan relevantes cualidades como lo está usted, creyera en la posibilidad de modificar en determinados conceptos el carácter de su marido, mejorando sus condiciones.

— Eso no podía ser natural en mí — repuso Edith. — No he tenido ninguna intención de ese género.

La soberbia, intrépida cara, le dió á entender que no aceptaba la careta, que estaba resuelta á presentarse como era, sin importarle nada que él la viera.

— Al menos parecía natural — dijo Carker — que tuviera usted por posible el vivir con mister Dombey como mujer suya, sin someterse á él y sin entrar en violentas discusiones con él. Pero, señora, no conocía usted á mister Dombey (lo habrá usted comprendido más tarde) no sabía usted hasta qué punto es orgulloso, altivo, esclavo, si me es lícito decirlo así, de su propia grandeza ; marcha enganchado á su carro triunfal como bestia de carga, sin tener idea ninguna fuera del arrastre del carro á pesar de cuantos obstáculos se opongan.

Brillaba la dentadura de Carker al exponer este malicioso concepto. Y prosiguió :

— En realidad, señora, mister Dombey es muy capaz de no tener más consideraciones para con usted que las que para conmigo tiene. Esta comparación es extremada, ya lo sé, pero muy justa. Mister Dombey, en la plenitud de su poder, me ha pedido, — y ayer mañana me lo ha vuelto á encargar — que sea intermediario entre usted y él. No ignora que soy desagradable para usted, pero á pesar de ello me designa

como instrumento suyo para castigar á usted por su resistencia. Se engríe pensando que el emplear para esta misión á un servidor suyo, un hombre á sueldo, constituye un agravio, causa de humillación para usted, su mujer — no de la distinguida señora á quien tengo el honor de hablar y que no existe en su ánimo, si no su mujer, tal como él se la imagina y la comprende : una parte de él mismo. Por lo que á mí toca es claro que ni siquiera piensa que pueda tener yo sentimiento individual, opinión propia, acerca de la misión que me confía. Y seguramente que no le inspira más cuidado lo que podría usted pensar al ver quien es el mensajero que él la impone. Porque no habrá olvidado usted que se lo impone.

Edith miró fijamente á Carker; pero también éste miró á su interlocutora y advirtió que la alusión hecha á lo sucedido entre ella y mister Dombey, la indicación de que él estaba enterado, había sido para el corazón de Edith como una flecha envenenada.

— No digo esto, señora, con intención de acrecentar la ruptura entre usted y mister Dombey. ¡Libreme el cielo de tal cosa! ¿Para qué habría de servirme? Unicamente quería demostrar á usted que mister Dombey no tiene para nada en cuenta á los demás cuando de él mismo se trata. Todos cuantos le rodeamos, cada uno en su posición respectiva, hemos contribuido á fortalecerle en esta creencia; pero no podíamos hacer otra cosa, y si no hubiéramos sido nosotros, otros lo habrían hecho en lugar nuestro. Mister Dombey está acostumbrado á la sumisión, más aún, á que las personas se pongan de rodillas ante él y humillen la cabeza. No sabe lo que es hallarse frente á una voluntad irritada, á una resistencia violenta.

— ¡Pues ahora lo sabrá! — dijo Edith, no con palabras, pues siguió sin pronunciar palabra, pero sí con los ojos.

Estremecióse la suave palatina de pluma que Edith tenía medio caída de los hombros y aquel blando plumaje rozó, acariciándolo, el blanco cutis de Edith.

— Mister Dombey — siguió diciendo Carker — aunque muy honorable caballero está dispuesto siempre á alterar los hechos, á tergiversarlos de modo que se adapten á sus puntos de vista : es consecuencia de su mentalidad. Citaré un caso (y perdone usted la falta de sentido que semejante cosa tiene; no soy yo quien incurre en ella). Cree mister Dombey, lo cree de manera sincera, que la severa expresión de disgusto que hizo á su mujer en una circunstancia, poco antes de que falleciese mistress Skewton, ha producido un efecto magnífico y la ha subyugado, por el momento.

Edith se echó á reír : áspera y discordante risa, pero que para Carker fué del mayor agrado.

Señora — dijo Carker — he conuido este asunto. Estoy persuadido de que la opinión de usted es firme, inalterable (Carker repitió estas palabras con gran énfasis) y que por esto corro el riesgo de disgustarla nuevamente si digo que á pesar de tantos defectos como reconozco en mister Dombey, estoy acostumbrado á él, me inspira estimación verdadera. Ahora, no crea usted que con esta manifestación de afecto á mister Dombey trato de molestar á usted lo más mínimo : es un sentimiento tan opuesto al de usted que temo mucho me perjudique en su simpatía (¡con qué intención pronunció Carker esta palabra!). Pero, lo que he querido yo en esta circunstancia es dar á usted la seguridad de mi celo en servirla y de la indigna-

ción que experimento ante el papel que quieren desempeñe!

Edith no quitaba los ojos de Carker, mirándole tenazmente á la cara.

Hubo una pausa y Carker, dejando ver sus últimos propósitos, habló en estos términos :

— Se hace tarde y usted está, como me ha dicho, fatigada. Por consiguiente, paso con rapidez al segundo punto de que deseaba informarla. Ruego á usted, señora, la suplico de la manera más encarecida, que, por razones que yo conozco, se abstenga de demostraciones cariñosas para con miss Dombey.

— ¡Me abstenga! ¿Qué quiere usted decir?

— Cuide usted, señora, de no exteriorizar mucho afecto á esta señorita.

— ¡Mucho afecto! — dijo Edith poniéndose en pie y hablando con viveza — ¿Quién se permite ser juez de mis afectos? ¿Usted?

— Jamás, señora. — Y estaba, ó parecía estar, perplejo.

— ¿Quién, entonces?

— ¿No lo adivina usted?

— No quiero adivinarlo.

— Señora — volvió á decir Carker después de vacilar, — me encuentro en grandísima dificultad. Me ha dicho usted que no quiere recibir mensaje ninguno y me ha prohibido usted que insista en este asunto. Pero los dos extremos de que deseaba informar á usted se entremezclan, de tal manera, que ó quebranto la palabra empeñada ó me limito á esta simple advertencia.

— Bien sabe usted que tiene libertad para hablar ¡Hable! — exclamó Edith.

¡Tan pálida, tan apasionada, tan temblorosa! ¡Bien había calculado Carker el efecto!

— Conforme á mis instrucciones — dijo en voz baja Carker — debo participar á usted que su manera de proceder con miss Florencia no le agrada á él. Que ese modo de proceder puede dar lugar á comparaciones que acaso no le favorezcan, á él. Que él desea un cambio absoluto en todo esto; que si por parte de usted se trata de un sincero afecto, él confía en que usted lo sacrificará puesto que la continuación perjudicaría á la misma que es objeto del afecto.

— ¿Es una amenaza? — dijo Edith.

— Es una amenaza — contestó Carker siempre con apagada voz. — Pero no contra usted.

Edith se irguió, majestuosa, indignada. Clavando la mirada en aquel hombre trató de penetrar hasta el fondo de su alma. Plegaba sus labios una sonrisa amarga. La faltaron las fuerzas, flaqueó como si se hundiera el piso á sus plantas, y se habría caído si Carker no la hubiera sostenido en sus brazos. Pero al momento rechazó Edith el apoyo y se apartó de aquellos brazos. En seguida señalando con la mano la puerta dijo :

— Haga usted el favor de dejarme. No me diga más esta noche.

— Era urgente decirselo — repuso Carker — porque si usted ignoraba las resoluciones de mister Dombey podía dar lugar á consecuencias inesperadas. Que miss Dombey se vea privada de la sirvienta que tantos años ha permanecido á su lado, no es cosa de importancia con respecto á lo que nos ocupa. Ahora, confío en que juzgará usted acertado mi deseo de que no estuviera presente miss Dombey á nuestra entrevista.

— Está bien : pero déjeme usted, le ruego.

— Ya comprendía yo que tendría usted un verdadero disgusto al saber que su sincero afecto, su cariño, venían á ser precisamente perjudiciales á miss Dombey : lo comprendía, pero no podía evitarlo.

— Basta. Déjeme usted.

— Tengo que venir aquí mucho por razón de mi cargo cerca de mister Dombey y por causa de los negocios. ¿Me permite usted que vuelva á verla, que la consulte sobre lo que proceda y que me entere de sus deseos?

Edith le indicó nuevamente la puerta.

— No sé que hacer — añadió Carker. — ¿Le diré que he hablado con usted, le dejaré entender que lo he aplazado, en espera de una oportunidad ó por otros motivos? Será necesario que me permita usted consultarla muy pronto.

— En otro momento; no ahora — dijo Edith.

— Ya comprenderá usted que cuando haya de hablarla no debe estar presente miss Dombey : y que si solicito de usted una entrevista lo haré como quien tiene el honor de merecer la confianza de usted, que está dispuesto á servirla por cuantos modos se hallen á su alcance y tal vez protegerla contra algún peligro posible.

— Bien está — dijo Edith, haciéndose fuerte para no flaquear de nuevo y señalando vivamente la puerta.

Saludó Carker obediente al mandato de irse; pero, desde la puerta se volvió y acercándose á Edith la dijo :

— He confesado mis culpas y me hallo perdonado. ¿Me permite usted que antes de marcharme, en nombre de miss Dombey y en el mío bese á usted la mano?

Edith le abandonó la mano, una mano enguantada, la misma que maltrató en la pasada noche. Carker tomó la mano de Edith, la besó y en seguida salió de la sala. Cerró la puerta desde fuera y tremolando aquella mano que había tocado la de Edith la bajó luego hasta su pecho, apoyándola sobre su corazón.